

*Anuario de Estudios Filológicos*, ISSN 0210-8178, vol. XXVII, 295-306

## ONOMÁSTICA E IDEOLOGÍA: *ROMANTICISMO* DE M. LONGARES

MIGUEL Á. REBOLLO TORÍO  
Universidad de Extremadura

### Resumen

En este artículo se estudian los nombres que aparecen en la novela *Romanticismo* de M. Longares con el objeto de establecer, si es posible, una vinculación entre ciertas denominaciones onomásticas y la pertenencia a una clase de elevado nivel económico o trabajadora.

De manera aislada e individual no parece que se dé una conexión entre ideología y onomástica, pero el análisis conjunto de todos los nombre y la reiteración casi obsesiva de determinados fenómenos (hipocorísticos, empleo de nombre y apellido por sistema, sintagmas rítmicos, adopción del apellido del cónyuge, estructuras silábicas oxítonas) sí permiten determinar un paralelismo entre la pertenencia a clases sociales altas —y, en esta novela, ideológicamente conservadoras— y clases bajas (carentes de dichos fenómenos).

*Palabras clave:* Onomástica, ideología, clases sociales.

### Abstract

This paper aims to analyse the names appearing in Longares' novel *Romanticism*. The reason is to determine, if possible, if there is a link between the use of certain onomastic denominations and the status of a high economic or working class involved.

Taken singly, the issue is simple: there seems to be no connection between onomastic use and ideology; however, the overall analysis of all the names and the almost obsessive reiteration of specific phenomena (nicknaming, use of name and surname by system, rhythmical phrases, adopting one's husband's surname, last-syllabe stress) does in fact lead to establishing a link between social class (ideologically conservative or not) and onomastic use.

*Keywords:* Onomastic use, ideology, social classes.

La vinculación entre nombre y realidad es un viejo atavismo que encontramos documentado en numerosos estudios<sup>1</sup>. En determinadas sociedades, el nombre de las personas queda oculto para quienes no pertenecen al círculo más íntimo, e incluso, cuando mueren las personas, el nombre puede quedar proscrito. No hace falta aducir casos que cualquiera puede localizar sin ningún esfuerzo.

En las sociedades nuestras los nombres sirven únicamente para unir un ser con un significante, sin que quepan más interpretaciones<sup>2</sup>. Una *Sofía* no será necesariamente 'sabia', ni un *Ángel* va a convertirse en un 'mensajero', por más que esos sean los significados etimológicos.

Sin embargo, los nombres no son tan neutros como pudiera parecer. Se da una intencionalidad (inevitable) en quien propone que una persona se llame de un modo y no de otro. A veces, el nacimiento en un día y no en otro lleva a denominaciones realmente pintorescas por su rareza. El santoral juega malas pasadas. En ocasiones, el recuerdo de una persona familiar impone un nombre frente a otros posibles. Puede ser también el eco de gentes famosas (políticos, artistas, sabios, influencias televisivas...) el que determine que alguien se llame así y no de otro modo. Hay muchas motivaciones en el «bautizo» de los seres humanos.

Si observamos las generaciones sucesivas de las personas que nos rodean, casi podríamos determinar a cuál de ellas pertenecen unas y otras sin que nos tengan que dar la pista de la edad.

El nombre no juega él solo en la apelación de una persona. Los apellidos influyen también. En nuestra sociedad, el sujeto afectado puede modificar los apellidos (fundiendo dos en uno solo mediante un guión, una preposición o una conjunción) y puede alterarlos (invertirlos). De ahí que el nombre por una parte y el nombre más el/los apellido(s) sirvan no sólo para vincular un significante con un ser, sino para sugerirnos toda una serie de sensaciones. A todos nos ha sorprendido un nombre poco frecuente y raro o un apellido que consideramos «rimbombante».

---

<sup>1</sup> «Cuando tomaba notas, todavía con bastante ingenuidad, sobre la lengua del Tercer Reich, apunté en las semanas inmediatamente anteriores a la catástrofe: 1) la súbita y pública ostentación, de palabras y en imágenes, en imágenes sobre todo, de nuestro material de guerra, en especial de la línea de fortificación del oeste, 2) que las revoluciones suelen jugar con nombres: bajo Cromwell, la gente se llama Jerobeam, bajo Robespierre, Bruto, bajo Hitler, Horts y Baldur. Y se amenaza con prender fuego a la Zionkirche si no la cambian de nombre» (Víctor Klemperer, *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1941*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2003, pág. 462).

<sup>2</sup> No entro en los problemas del Nombre Propio, sobre si denota o connota, sobre lo que ya hay abundante bibliografía y para lo que remito a mi artículo: «El nombre propio y su significado», *AEF*, XVIII (1995), págs. 393-406.

Es así como planteo una serie de reflexiones en torno a la onomástica y la ideología en este artículo. En efecto, si uno lee la excelente novela de Manuel Longares, *Romanticismo*<sup>3</sup>, no deja de advertir que la gran cantidad de personajes que aparecen tienen unos nombres (y apellidos) que no se encuentran, en tal proporción, en otras novelas. La novela de M. Longares se sitúa en el Madrid del final del franquismo y comienzos de la transición y lo más interesante es que su mundo es el barrio de Salamanca, un entorno de gente muy bien, muy de derechas<sup>4</sup> de toda la vida.

Me he propuesto recoger la nómina de personajes para tratar de ver si la primera impresión puede corroborarse con un apoyo lingüístico, es decir, si esa sensación de que los nombres que aparecen tienen unas peculiaridades que permitan vincular una ideología (de derechas en este caso) con los significantes<sup>5</sup>.

El eje en torno al que gira todo el entramado está compuesto por Pía Matesanz y José Luis Arce, conocidos como Arce tan sólo (*passim*), José Luis Arce (99), Joselín (10, en boca de su mujer, Pía), Joselín Arce (45), los Arce (25). Pía (*passim*) es también Piorra (96, en boca de su amiga Fela), Piorrita (325, de Fela también), Pía Arce 334, dicho por ella misma), Pía Matesanz (281)<sup>6</sup>, los Matesanz (38, alusivo a la familia estricta de quienes tienen este apellido: Pía y su madre Hortensia, quien toma el apellido de su marido). Quienes aparecen en su círculo son los siguientes:

Álex Cornago (45)<sup>7</sup>  
 (los) Atance (156)  
 Aurorita Gonzalines (284, fanática de la «revolución pendiente»)  
 Barbudo Perrín (20, coronel, vecino de la casa de Pía)  
 (los) Baigorri (156)

<sup>3</sup> Publicada en Madrid, por Alfaguara. Cito por la 3ª edición, marzo de 2001. La 1ª edición apareció en enero de ese mismo año.

<sup>4</sup> La caracterización en «izquierdas» y «derechas» es muy práctica y resulta cómoda y comprensible para todos, pero sus límites no son tan nítidos como pudieran parecer.

<sup>5</sup> La atención hacia el empleo de ciertos apelativos ha atraído la atención de los estudiosos. Una investigadora señala la influencia que han tenido los *pijos* en la difusión de nombres característicos: «Y esto, que los pijos *van marcando estilo*, se aprecia incluso en los nombres propios (antropónimos), que tanto llamaron la atención años atrás a nuestros periodistas y que tan democráticamente han acabado generalizándose y poniéndose de moda» [Ana Mª Vigara Tauste, «Cultura y estilo de los “niños bien”: radiografía del lenguaje “pijo”», en F. Rodríguez (coord.), *El lenguaje de los jóvenes*, Barcelona, Ariel, 2002, págs. 206-207].

<sup>6</sup> El propio narrador se detiene en el juego del cambio de apellidos: «A diferencia de Pía Matesanz, que al telefonar a Monjardín se llamaba Pía Arce, Marta Pombo no adoptaba el apellido de su marido Santos Panizo» (373).

<sup>7</sup> Indico entre paréntesis la página en la que aparecen, bien entendido que es sólo una referencia orientativa, pues unos aparecen pocas veces y otros tienen menciones muy frecuentes. De Pía y Arce no señalo páginas pues surgen constantemente.

Blanquita Loredano (241)  
 Carlota (52, tía de Arce)  
 Carola Bonafé (243)  
 Caty Labaig (16, periodista y vecina de Pía)<sup>8</sup>  
 Chema Bacigalupe (46, ex marido de Izaskun Damborenea)  
 Chitina Monteserín (422)  
 (los) Cifuentes (156)  
 Cinto Montemayor (162)  
 Conchitina Bugallal (59, organizadora de veladas para damas del barrio)  
 y también Mariconch (60) y Conchitina (60)  
 Cotolo Cenicientos (28, mujer del grupo de Pía)  
 Crescen Muñoa (241)  
 De Carlos (16, notario, vecino de Fela)  
 (los) Domínguez Aguayo (156)  
 Dorita Sacristán (25)  
 Edmundo Ocampo (440, profesor, amante de Virucha)  
 Enedina Goyeneche (25, mujer del joyero Horacio Rivasés)  
 Epifanio Pingarrón (375, odontólogo)  
 Fátima Fernández Sustanciosa (161)  
 Fela (13) y también Fela del Monte (105) y Pechumida (24, en boca de Pía)<sup>9</sup>  
 Fito López de Strubbel (45)  
 Fonsa Molezún (195)  
 Fran Beato (241)  
 Gisela Bonmatí (14, prima de Arce) y también Gisela (66) y Gise (170)  
 Goreti (37, prima de Virucha) y Goreti Peñalosa (66)  
 Hipólito (35, filatélico, vecino de Pía)  
 Horacio Rivasés (25)  
 Hortensia (30, la madre de Pía) y viuda de Matesanz (71)  
 Igor Bacigalupe (428, hijo de Izaskun) y Dumbete Bacigalupe (208)<sup>10</sup>  
 Isabelita Caballería (47)  
 Izaskun Damborenea (28) y también Izaskun (103)  
 Javo Chicheri (13, falangista)  
 Jerónimo Sanz (241)  
 Jimmy Recasens (162)  
 Jovita de la Lastra (195)  
 Julia Eced (241)  
 Lali Sancho (59, pianista)  
 Lalo Pipaón (13, socio de Luismi)

<sup>8</sup> Vinculada al *ABC* (56).

<sup>9</sup> Justificado por el narrador: «Y su tórax, comprimido por la lencería francesa de Mily y el jersey angorina que Diemlíté tuvo en oferta, justificó el apodo de Pechumida que Pía le impuso una mañana de julio de 1966, en vísperas de su boda con José Luis Arce, por lucir en la piscina del Club Apóstol Santiago, separada para hembras y hombres, un bañador con relleno» (24).

<sup>10</sup> Apodo debido a *Dumbo*, el elefante que volaba gracias al desmesurado tamaño de sus orejas.

(el doctor) Lapayèse (22), Lapayèse (160) y el doctor Genaro Lapayèse (167)  
 Lara Basabe (195)  
 Lincita Cortejarena (161)  
 (los) Muñoz Ostende (156)  
 Luismi Fonseca (13)  
 Manene López de la Osa (298, ex novia de Chema Bacigalupe)  
 Mariloli Sanz (241)  
 Marichel Vinuesa (195)  
 Maritina Comesaña (241)  
 (la viuda de) Marquina (156)  
 Máxima Dolz (30, profesora de guitarra de Virucha, amiga de Hortensia)  
 y Máxima (130)  
 Mila Serraller (243)  
 Moncha Gabarrón (22, la «cuñada roja» de Javo Chicheri)  
 Monjardín (180, dirigente socialista) y Monja (347), Tesifonte (329) y  
 Tesi (356)<sup>11</sup>  
 Nagore Maureta (195)  
 Nárdiz (17, vecino de la casa de Fela)  
 Nucha Velilla (161)  
 Paco Amézaga (162)  
 Paloma Monsivais (161)  
 Paula Querol (394, ex mujer de Monjardín)  
 Paulita Serraller (243)  
 Pepe Arce (50, padre de José Luis Arce)  
 Pisibi Ruiz de Azúa (28)  
 Pura Bolinches (298, amante de Chema Bacigalupe)  
 Quique Troncóniz (45)  
 Rubén Arcenegui (162)  
 Sisita Notario (17, vecina de Fela)  
 Tere Espínola (33)  
 Tina Muguero (241)  
 Tomín Peñalosa (14, primo de Arce y marido de Gisela Bonmatí) y tam-  
 bién Peñalosa (101)  
 Toño Novaliches (281)  
 Virucha (15, hija de Pía y Arce)<sup>12</sup>  
 Virucha Grassy (50, madre de Arce)

<sup>11</sup> La inclusión de Monjardín en este grupo se debe a las vinculaciones que sus padres tuvieron con los de Pía. En principio, el padre de Monjardín pidió al padre de Pía que le conservara unos libros. Después hubo un intento de relación, que no llegó a ningún término, entre el padre de Monjardín y la madre de Pía, ya viuda. De todo quedan dos retratos, realizados por el mismo pintor. Y al final, existe una atracción, sin más avances, entre Pía y Monjardín. El dirigente socialista, en la novela, se mueve entre este mundo del barrio de Salamanca y la agrupación socialista de Panizo, Marta y demás trabajadores.

<sup>12</sup> El perro que tiene Virucha lleva por nombre el del conocido cantautor norteamericano Dylan (195).

Merece una mención especial el mundo religioso, en el que encontramos a personas como:

El padre Altuna (14)  
 Bustinzapedorras (237, sobrino del padre Altuna y sacristán) y también  
 Mamerto Bustinzapedorras (155) y Pedorras (27)  
 El padre Nicomedes (164)

Un mundo de clase social acomodada no se comprende sin su complementario, el de la clase menos favorecida. Si estuviéramos en el ámbito de la comedia británica, se podría aludir a las clases de arriba y de abajo. Y en él hallamos a:

Alexiades (67, tendero)  
 Ambrosio (349, trabajador)  
 Arcadio (18, barman)  
 Arsenio (226, marido de Bea)  
 Bea Fernández (222) y Bea (225)  
 Beíta (264, hija de Bea)  
 Boj (16, portero)  
 Chaves (13, apoderado de banco)  
 Chon (210, sobrina de Domi)  
 Custodia (475, estudiante en prácticas de radio)  
 Domi (32, cocinera) y Domitila Cremades Durandarte (217)<sup>13</sup>  
 Froilán (26, pescadero)  
 Ilumi (218, la panadería de)  
 Irurzun (13, cajero de banco, amante ocasional de Fela)  
 Marta Pombo (346, mujer de Santos Panizo) y Marta (219)  
 Napoleón (390, hijo de Marta y Panizo)  
 Panizo (53, administrador de Arce), Santos Panizo (41), Panizo bis/Panadizo (53), Joven Panizo (53)<sup>14</sup>  
 Pelayo (55, limpiabotas)  
 Segismundo Sesé (396, hermeneuta)  
 Simón (267, hijo de los guardeses y amigo de Beíta)  
 Tasia (348, trabajadora)  
 Tono (33, pintor)<sup>15</sup>  
 Venus (390, hija de Marta y Panizo)  
 Wences (15, criado)  
 Zaira (21, masajista)

<sup>13</sup> Su nombre y sus apellidos aparecen una sola vez, cuando se indica que Domi ha sido una criada sin sueldo ni filiación a la Seguridad Social, de la que se hace cargo ahora, ya vieja, su sobrina.

<sup>14</sup> Existen dos Panizos, el padre, maestro represaliado, administrador de Arce, y su hijo.

<sup>15</sup> Este Tono es pintor de 'brocha gorda'. Existe otro pintor, autor de retratos, Villasevil (328), al que se alude, pero no aparece en la novela.

En la clase alta es relativamente habitual aludir al nombre y apellido como puede comprobarse en el listado. La conjunción del nombre y del apellido obtiene, a veces, efectos rítmicos pues se vincula un nombre con un apellido de estructura silábica oxítona<sup>16</sup>:

Carola Bonafé  
 Caty Lavaig  
 Pía Matesanz  
 Chitina Monteserín  
 Cinto Montemayor  
 Conchitina Bugallal  
 Dora Sacristán  
 Epifanio Pingarrón  
 Fonsa Molezún  
 Gisela Bonmatí  
 Horacio Rivasés  
 Jerónimo Sanz<sup>17</sup>  
 Jimmy Recasens  
 Julia Eced  
 Lalo Pipaón  
 Mariloli Sanz  
 Máxima Dolz  
 Mila Serraller  
 Moncha Gabarrón  
 Paula Querol  
 Paulita Serraller

Es un número relativamente alto el de los personajes que tienen este tipo de estructura silábica si lo contraponemos a la tendencia del español, lengua que tiende a la acentuación paroxítona. Bien es cierto que los apellidos constituyen un caso aparte, pero no deja de sorprender en este microcosmos su abundancia.

La adopción del apellido del cónyuge, *Pía Matesanz* en lugar de su originario *Pía Arce*, ocurre sólo con este personaje. Aún así, es un dato muy significativo por todo lo que presupone en las relaciones sociales.

Los apodosos son íntimos, es decir y según se ha indicado ya, no son conocidos por todos, sino que se sitúan en el ámbito de dos personas<sup>18</sup>. *Piorra* sólo

<sup>16</sup> Puede unirse a este grupo el caso de «Barbudo Perrín» pese a que «Barbudo» no puede ser considerado nombre sino una especie de apodo, pero siempre aparece así en la novela por lo que funciona exactamente igual que los otros apelativos. Distinto, pero en cierto modo semejante, es el enunciado de «viuda de Matesanz». Por su estructura originaria, francesa, «Genaro Lapayèse» se puede asimilar al grupo.

<sup>17</sup> El apellido monosilábico no admite otras posibilidades acentuales.

<sup>18</sup> Cabría la duda de si se pueden considerar como tales apodosos *sensu strictu*.

se da cuando la hablante es Fela y se dirige a su amiga Pía. E igual sucede con *Pechumida*, para el caso de Pía con respecto a Fela.

Los apellidos, además de la estructura oxítónica indicada, resultan un tanto sorprendentes. Me refiero tanto a la carencia de los más corrientes y habituales «Pérez, Sánchez, etc.» como a la escasez de los que tienen la mayoría de los personajes. Así, si aparece una *Fátima Fernández* va acompañada de un segundo *Sustanciosa*, nada corriente. Algunos pertenecen a lenguas ajenas al español, bien por procedencia del vasco (como *Baigorri*, *Goyeneche*) o catalán (caso de *Labaig* o *Dolz*), que no dejan de ser lenguas peninsulares, pero otros apuntan a orígenes extranjeros: *Bonmatí*, *Lapayèse*, *Monjardín*<sup>19</sup>, *Grassy*, *Espínola*. En otros casos, los apellidos son de uso poco frecuente, es decir, no es habitual oírlos por su rareza, como sucede con *Arcenegui*, *Atance*, *Eced*, *Monsiváis*<sup>20</sup>, *Novaliches*. No es difícil alargar la lista que cualquier lector puede aumentar fácilmente.

No abundan apenas los apellidos compuestos aunque también existen: *López de Strubbel*, *López de la Osa*, *Ruiz de Azúa*.

En resumidas cuentas, los apellidos, de una manera conjunta, presentan unas características propias en la novela: carencia de los más habituales, abundancia de otros menos oídos e incluso extranjeros, estructura silábica oxítónica en bastantes casos. Se podrá decir que esto no supone ninguna vinculación entre onomástica e ideología, pero si pensamos en la *acumulación* de tal recurso, podemos sospechar la intencionalidad del escritor, pues está claro que personas de otros mundos sociales tienen también estas mismas marcas. Sin embargo, mi interés se centra en destacar la ingente cantidad de apelativos que muestran estas tendencias. Esto ya no es casualidad.

Y si echamos un vistazo a los nombres propios advertiremos en seguida el elevado número de formas hipocorísticas, diminutivos y formas afectivas como: *Aurorita*, *Blanquita*, *Caty*, *Chema*, *Chitina*, *Cinto*, *Conchitina*, *Mariconch*, *Cotolo*, *Crescen*, *Fela*, *Fito*, *Fonsa*, *Fran*, *Isabelita*, *Javo*, *Jimmy*, *Lali*, *Lalo*, *Lincita*, *Luismi*, *Manene*, *Mariloli*, *Mila*, *Moncha*, *Tesi*, *Nucha*, *Paco*, *Paulita*, *Pepe*, *Pisibi*, *Pura*, *Quique*, *Sisita*, *Tere*, *Tina*, *Tomín*, *Toño*, *Virucha*. Algunos son muy conocidos dentro de la onomástica (*Pepe*, *Quique*, *Paco*). Los diminutivos son habituales también (*Paulita*, *Aurorita*). Pero algunos son más extraños: *Cinto*, *Lincita*, *Manene*, *Nucha*, *Pisibi*, *Virucha*. Se pueden aventurar hipótesis: ¿*Virucha* es el desenlace de una *\*Elvira*? No resulta fácil situar el origen de un *Pisibi* ni de una *Lincita*. Y quizás no tenga un mayor interés, pues no es nada

<sup>19</sup> Es la indudable castellanización del francés «mon jardin».

<sup>20</sup> Que coincide con un célebre escritor mexicano, Carlos Monsiváis (con tilde, a diferencia del personaje de la novela).



raro que una persona lleve un sobrenombre debido a los fenómenos más extraños por los que ha podido pasar en su infancia. No hace falta poner ningún ejemplo. No es exclusivo de nadie disponer de apelativos a los que se ha llegado por una deformación a veces imposible de seguir. Sin embargo, sí resulta raro encontrar una ingente cantidad de ellos en las páginas de la novela aquí considerada. Vuelvo a insistir en que debemos fijarnos en la *cantidad* de veces que se reitera un determinado fenómeno.

Resulta, por el contrario, poco habitual aludir a alguien de la clase alta por su nombre tan sólo o por el apellido. Hay algunos casos: (los) *Atance*, (los) *Baigorri*, (los) *Cifuentes* para aludir a familias completas o tan sólo a una persona como en *Nárdiz* o en *Monjardín*<sup>21</sup>. O bien, *Carlota*, *Fela*, *Mariconch*, *Conchitina*, *Hipólito*, *Izaskun*, *Pía*, *Virucha* en el caso de nombres. Lo normal es que se alternen (*Fela del Monte*, *Conchitina Bugallal*, *Izaskun Damborenea*), salvo prácticamente en el caso de *Virucha*, la hija de Pía. Existe otra *Virucha*, su abuela, también denominada por su nombre y apellido (*Virucha Grassi*). Esta manera de presentar a los personajes no es, si se observa, lo más frecuente.

Se producen así dos fenómenos contrarios según se indica: la acumulación de ciertas características en los apellidos e hipocorísticos por una parte, y por otra la escasez de apelativos pues se da sólo el nombre o sólo el apellido.

El mundo religioso, limitado a dos curas y un sacristán, tiene interés. Va siempre por delante el tratamiento de *padre* tanto para *Altuna* como para *Nicomedes*, si bien a uno se le conoce por su apellido y al otro por su nombre. Al sacristán, sobrino del padre Altuna, se le impone un apellido jocosos. Junto con un nombre de raigambre santoral<sup>22</sup> (*Mamerto*) aparece *Bustinzapedorras*, que se acorta para incidir en el campo escatológico, pues es un simple *Pedorras*.

Frente a estos dos mundos, el de los desfavorecidos aparece como un espejo, justamente a la inversa. Es así como se dan las siguientes características:

No hay apenas empleo de nombre y apellido, salvo en casos mínimos: *Bea Fernández*, *Marta Pombo*, *Santos Panizo* y *Segismundo Sesé*. Se podría añadir el caso de *Domitila Cremades Durandarte*, pero sólo si se tiene en cuenta que se incluye su nombre completo junto con sus apellidos para recordar la injusticia

---

<sup>21</sup> Con el nombre y el apellido del político se da un juego: puede aparecer como *Monja* (forma ambivalente, recortada de *Monjardín*) y también como *Tesifonte* y *Tesi*.

<sup>22</sup> Aludo a la «raigambre santoral» como la propia de las denominaciones coincidentes con los santos del día en que uno nace... y va acompañado toda su vida de un nombre de uso muy poco frecuente. En la clase social alta también aparecen algunos casos: *Enedina*, *Epifanio*.

que se ha cometido con la sirvienta de toda la vida. En las denominaciones siempre es *Domi*<sup>23</sup>. No hay apellidos compuestos nunca.

Se denomina a la gente que pertenece al mundo de los sirvientes (en un sentido amplio) por el nombre o por el apellido (salvo en los casos citados): *Alexiades, Ambrosio, Venus, Panizo, Boj, Zaira*, etcétera.

Los hipocorísticos y fórmulas afectivas son los frecuentes en nuestra lengua: *Bea, Chon, Tono*.

No aparecen formas extranjeras, y sí se dan formas chistosas a partir de los apellidos, como sucede con *Panadizo* sobre la base de *Panizo*.

Estas características de la clase baja se dan de manera acumulada, si bien es cierto que esta clase no aparece tanto como la otra por los propios fines de la novela, pues el autor retrata una clase de un barrio determinado.

Si tenemos en cuenta esta distinta aparición de las clases sociales, es decir, si no caemos en el error de sopesar unos personajes y otros, con todas las salvedades, me atrevería a señalar unas cifras absolutas. He recogido en las primeras noventa páginas de la novela el número de veces que aparecen los personajes más importantes. Los datos son los siguientes:

Arce (88 veces)<sup>24</sup>  
 Caty Lavaig (29 veces)  
 Javo Chícheri (17 veces)  
 Fela (36 veces)  
 Hortensia (67 veces)  
 Máxima (35 veces)  
 Pía (132 veces)  
 Virucha (24 veces)  
 Altuna (21 veces)  
 Boj (21 veces)  
 Domi (33 veces)  
 Wences (30 veces)

No cabe duda de la diferencia de aparición de unos y otros personajes, pero esto también ayuda a comprender la *acumulación* de datos a la que he aludido.

Estamos ante una serie de fenómenos que parecen no vincular, en principio, la onomástica con la ideología, pero la aparición de determinados fenómenos muy reiterados en unos casos y ausentes en otros, sí permiten

<sup>23</sup> Nunca aparece ningún personaje con el artículo vulgarizador delante, del tipo \*La Domi.

<sup>24</sup> En todas sus variantes: Arce, José Luis Arce, Joselín.

establecer la unión entre una forma de denominación de unas clases frente a las otras.

Si se me permite una manera de enfocar lo que presento aquí, en esta novela, por lo que se refiere a la onomástica, sucede como cuando algunos novelistas han reflejado el mundo hispanoamericano: han recurrido a veces a un léxico que sí es propio de esas zonas, pero que no se da todo ese mismo léxico al mismo tiempo tal como lo reflejan en sus obras (pienso en *La Catira* de C.J. Cela por señalar un caso bien conocido). Entiéndase bien que no pretendo establecer un paralelismo entre obras tan dispares (las de Longares y Cela), sino señalar que la frecuencia de ciertos fenómenos supone no ya sólo un dato cuantitativo, sino una caracterización cualitativa.

El lector de *Romanticismo* sitúa perfectamente bien los dos mundos sociales<sup>25</sup> contrapuestos simplemente con la denominación de las personas que aparecen, que son muchas, y algunas son muy fugaces, pero por las características indicadas, se insertan inequívocamente en uno de los dos mundos<sup>26</sup>. Tal vez el personaje más discutible sea el político, *Monjardín*<sup>27</sup>. No obstante, sin atender a otras consideraciones posibles, presenta una ambigüedad: su

---

<sup>25</sup> El propio autor manifiesta con exactitud tal diferenciación: «De este modo, un barrio que divide a sus ocupantes en afortunados y desfavorecidos según estén o no empadronados en él, conecta con unas obsesiones previas a la existencia de la novela» [Manuel Longares, «Los motores de una novela: *Romanticismo*», *Quimera*, números 214-215 (2002), pág. 69]. Creo que a la división ayuda la onomástica empleada. Ya la crítica se fijó, nada más aparecer la novela, en la importancia de los nombres. Así, su propio título, *Romanticismo*, ha sido entendido de la siguiente manera: «Conviene advertir al respecto que el lector se encontrará con unas vidas románticas por completo, traspasadas todas ellas por el tamiz del orden social del franquismo, como si en realidad los años hubieran pasado en vano para estas gentes acomodadas. El título alude, precisamente, a este curioso fenómeno. Sus moradores no tienen sentido de la realidad, ocupados como están por mantenerse en el poder bajo el gobierno del signo que sea» [Gemma Pellicer, «La cruda realidad. Manuel Longares, *Romanticismo*», *Quimera*, n.º 210 (2001), pág. 73].

<sup>26</sup> No cabe duda de la finalidad perseguida por el autor, que, desde sus inicios, ha cuidado de manera exquisita la escritura según ya se reconoció con la aparición de *La novela del corsé*, Barcelona, Seix Barral, 1979, de la que se comentó: «Todo conduce, inexorablemente, a la presencia de un lenguaje que termina por cubrirlo todo en una suerte de artificio profundamente certero, estudiado en su connotación mínima, en su más oculta virtualidad» [Luis Suñén, «José Antonio Muñoz Rojas y Manuel Longares», *Ínsula*, 400-1 (1980), pág. 27]. Destaco el sintagma «connotación mínima», que considero muy interesante, pues en *Romanticismo* los nombres propios están cargados de connotaciones.

<sup>27</sup> Es una tensión la que se da en esta persona, pues el lector ve la pugna entre dos bandos, tal y como indica un crítico: «La novela recrea las dos formas de adaptación a los nuevos tiempos, la de los privilegiados —con los Arce en primer plano— para seguir donde están, bandeando el cambio ideológico y político, viviendo de las rentas y entablado relaciones económicas con políticos de izquierdas, y la de los vencidos de antaño —con Monjardín, Panizo y Marta Pombo a la cabeza— para equipararse socialmente con ellos» [Santos Alonso, «*Romanticismo*. Cambiar para seguir igual», Madrid, *Reseña*, n.º 325 (2001), pág. 23].

apellido no es español, por lo que se alinea con las clases sociales altas (tal como hemos visto aquí, sin ánimo de generalizar) y, al mismo tiempo, además del apellido, dispone de un nombre de «santoral». Nunca aparecen ambos, nombre y apellido, en la misma secuencia. Participa, según las características, de ambos mundos sociales. No me interesa aquí plantear un análisis de la novela, sino cómo el empleo de los nombres ayuda también a conocer las diferencias entre el «cogollito» del Barrio de Salamanca y los demás.